

El motín de Esquilache de 1766.
España pierde una oportunidad.

Luis Eduardo Cortés Riera.

cronistadecarora@gmail.com

Este motín popular, que no puede calificarse de revolución en modo alguno, aconteció en Madrid y muchas ciudades españolas en marzo de 1766 (la pintura de arriba es de Goya, 1777). Sucedió en rapidez como un reguero de pólvora. Eran los tiempos de Carlos III, monarca paradójicamente ilustrado. España era entonces un país premoderno, sin duda, fundado sobre las bases de la Contrarreforma católica, la monarquía absoluta y el neotomismo. Las ideas

de un régimen republicano, democrático y liberal, eran en España máscaras, dice Octavio Paz, **In/Mediaciones**, p. 47.

Toda esta famosa revuelta, poco conocida en Hispanoamérica, tuvo como disparador un Bando u Orden del 10 de marzo de 1766, emitido por un impopular ministro del rey, Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache, quien era favorito del monarca o valido , y había nacido en Italia, que reza así:

"Quiero y mando que toda la gente civil... y sus domésticos y criados que no traigan librea de las que se usan, usen precisamente de capa corta (que a lo menos les falta una cuarta para llegar al suelo) o de redingot o capingot y de peluquín o de pelo propio y sombrero de tres picos, de forma que de ningún modo vayan embozados ni oculten el rostro; y por lo que toca a los menestrales y todos los demás del pueblo (que no puedan vestirse de militar), aunque usen de la capa, sea precisamente con sombrero de tres picos o montera de las permitidas al pueblo ínfimo y más pobre y mendigo, bajo de la pena por la primera vez de seis ducados o doce días de cárcel, por la segunda doce ducados o veinticuatro días de cárcel... aplicadas las penas pecuniarias por mitad a los pobres de la cárcel y ministros que hicieren la aprehensión."

La sustitución ordenada por el ministro del chambergo y la montera de calada hispanos por el sombrero de tres picos (fotos abajo) provoca un furor inmediato entre las capas populares españolas que no toleraban la imposición de una moda extranjera. Era un intento legítimo e ingenuo del Marqués de Esquilache por modernizar España, país considerado "enigma histórico" por Claudio Sánchez Albornoz, que incluían medidas sanitarias para la ciudad de Madrid, cuyas calles estaban afectadas por malolientes aguas negras, lámparas de aceite para alumbrado de las penumbrosas calles y que fueron destruidas por el populacho enardecido durante el motín.







Pero no rodo queda allí con los sombreros, pues fue enorme el descontento ocasionado por otra odiosa prohibición, la del uso de la capa larga, so pretexto que facilitaba el anonimato y el porte de armas blancas y de fuego entre rufianes y malandros, todo lo cual provoca un conflicto político, pues "vestir a la española" se transforma en un acto de rebeldía patriótica y política, que condujo a una insurrección popular masiva.

Fue un movimiento de resistencia cultural a través de la ropa y la identidad castellana del pueblo frente al afrancesamiento de las capas altas. Se desarrolla una "estética del majismo" entre el pueblo llano –los majos y manolas- rechazaron la casaca y adoptaron una indumentaria peninsular castiza, caracterizada por la capa larga y el sombrero de ala ancha entre los masculinos, y el velo y la mantilla en el pelo de las féminas (pintura de Goya de 1777, abajo). La llegada de la dinastía de los Borbones al poder en España desata toda una ola de resistencia tradicionalista que se extenderá por muchos años.



Aceptar el Bando de Esquilache simbolizaba tirar por la borda toda una magnifica tradición que venía del Siglo de Oro Español. Sustituir la sobriedad del traje negro hispano por la colorida indumentaria de los franceses era inaceptable para el genio español, que rechaza a la figura satírica de los petimetres o *petit maitre,* extravagantes y pretenciosos currutacos y lechuguinos venidos del otro lado de los Pirineos.

No puedo menos que pensar en otro curioso movimiento de resistencia cultural a través de la indumentaria como el "pachuco" de origen mexicano que puebla las barriadas hispanas de la ciudad de Los Ángeles en Estados Unidos, y que nos llega a través de la fina mirada antropológica del Nobel de literatura Octavio Paz en su espléndido *El laberinto de la soledad* (1950).



No hay nada más sólido que el odio para unir a los pueblos, decía el semiólogo italiano Umberto Eco en su novela *El cementerio de Praga* (2010). Fue la xenofobia contra el ministro italiano lo que provoca esta "revuelta por el pan", ocurrida después de largos veranos y la atroz especulación de los ricachones por la subida del pan. Esquilache sería según Umberto Eco, el

“enemigo fabricado” sobre el cual descargar todas las frustraciones. La humanidad siempre ha preferido la ficción de un complot a la dura realidad socio económica. Tras el estallido del motín, el gobierno “ilustrado” de Carlos III, no quiso admitir que la revuelta se debía a el hambre y a su nefasta política de libre mercado de cereales.

El motín de 1766 no solo fue una queja contra el Bando prohibidor de capas largas y sombreros de ala ancha campanuda, indumentaria muy al uso de los españoles, o a la subida del cereal y el pan, sino que se canaliza a través de la xenofobia contra el ministro italiano, el odiado Marqués de Esquilache, quien quería genuinamente modernizar a España anclada en el Antiguo Régimen, con reformas estéticas, de higiene y de orden público, pero sus buenas intenciones chocan con el descontento de la plebe y las manipulaciones políticas de las facciones de la nobleza, como el Marqués de Ensenada, que aprovechan la ira popular. El fracaso del ministro Esquilache representa una gran oportunidad perdida -dice el dramaturgo español Antonio Buero Vallejo en 1958- para la modernización de España, retratando a un gobernante ilustrado y solitario atrapado entre el idealismo y la incomprensión del populacho y los poderosos.

Los gobiernos, siempre tan miopes, construyen en el Imperio Español una narrativa del complot oculto instigado por los sacerdotes jesuitas y la nobleza tradicionalista, lo que sirve de justificación perfecta para la expulsión de la Compañía de Jesús de todos los reinos de Su Majestad en 1767, lo que ocasiona un auténtico trauma social y cultural en México, Paraguay y otras colonias hispanoamericanas.

La temeridad y el arrojo de los amotinados, y al hecho de que los heridos graves rechazaban la confesión, fueron interpretados como prueba de que habían sido aleccionados por clérigos que los habían convencido de la santidad de su causa, y que no debían temer por la salvación de sus almas, lo que nos recuerda la rebelión delos cristeros en México entre 1926 y 1929.

El monarca estuvo amedrentado de verdad en aquellos convulsos días de abril y mayo de 1766. Esquilache sale al exilio con su familia y sus funcionarios italianos, para enojo de Carlos III, y es sustituido por el Partido Aragonés del Conde de Aranda.

Una promiscuidad estética en el traje de las capas populares madrileñas -impensable en otras cortes europeas- funcionó como cohesión social, pero frenó

los cambios hacia la modernidad que tanto necesitaba España. España llegó tarde y mal al capitalismo europeo.

El hispanista británico Gerald Brenan (1894-1987), refiriéndose a las particularidades españolas, escribe así: “Hace casi noventa años observaba Karl Marx que, en su tiempo, el conocimiento de la historia de España era en general imperfecto. “Acaso ningún otro país, excepto Turquía -escribía-, es tan poco conocido y tan mal juzgado por Europa como lo es España.” (*El laberinto español*, p. IX). Las historias corrientes de la Península dan una impresión falsa de los sucesos que describen. La razón principal es la siguiente: España, tanto económica, como psicológicamente difiere en tal grado de los países de Europa occidental, que las palabras con que se hace principalmente la historia-feudalismo, aristocracia, liberalismo, Iglesia, ejército, parlamento, sindicato, etc., tienen sentidos muy distintos de los que se les presta en Francia o Inglaterra.”

Carora,

Estado Lara,

República Bolivariana de Venezuela,

lunes 9 de noviembre de 2026.